

La biblioteca de monseñor Boccamazza

Emilio Pascual*

EL DIFUNTO
MATÍAS
PASCAL

PRIMERA EDICIÓN: 1904



LUIGI PIRANDELLO
(1867-1936)

En 1803, cuando sintió que los heraldos negros rondaban la cabecera de su cama, monseñor Boccamazza tuvo la infeliz idea de legar su valiosa biblioteca al Municipio de Miragno. Los libros dieron con sus páginas en un «destartalado y lóbrego almacén», y sólo muchos años después, a carga —o descarga— cerrada, fueron a parar a la iglesia de Santa María Liberal, a la sazón cerrada al culto y abierta a la cultura. Cabe preguntarse si no hubiera sido más prudente legárselos directamente a la Iglesia; cabe responder que eso mismo hizo Hernando Colón, y tres siglos después andaban los monaguillos jugando al fútbol con los libros cuyo cuidado y conservación tan minuciosamente había detallado el testamento de su dueño.

De todos modos, en este caso, y mientras el Ayuntamiento ni siquiera tuvo el detalle de erigir un busto al donante, debemos al reverendo don Eligio Pellegrinotto que aquella «Babel de libros» no pereciera de humedad y moho, cuando no devorados por las ratas. Decidido a concertar tal confusión, cuando esperaba encontrar sólo libros religiosos, halló para su consuelo «una grandísima variedad de materias», barajadas sin afinidad ni orden. Libros impresos y manuscri-

tos, «algunos antiquísimos», aun sin especificar si alcanzaron la canastilla de los incunables. En todo caso, los había hartos interesantes y curiosos.

El primer bibliotecario

Casi un siglo después de la donación, ya con León XIII de papa, la luz eléctrica inventada y antes de que llegara don Eligio, hubo un bibliotecario llamado Romitelli. Era Romitelli un viejo medio chocho, sordo y casi ciego: apenas se tenía en pie. Haciendo honor al enigma de la Esfinge y a la fábula de *La escala de la vida*, llegaba vetusto a cuatro pies, «en sus muletas clavado». Nada más llegar a la biblioteca «sacaba del bolsillo del chaleco un viejo relojazo de cobre, seguido de su formidable cadena, y lo colgaba de la pared; se sentaba con los dos bastones entre las piernas, sacaba la papalina, la petaca y un pañuelo a cuadros rojos y negros; aspiraba una pizca de tabaco, se limpiaba la nariz y luego abría el cajón de la mesa, de donde extraía un librejo propiedad de la biblioteca: el *Diccionario histórico de músicos, artistas y amantes de las artes vivos y muertos*, impreso en Venecia en 1758».



Casa natal de Luigi Pirandello en Agrigento (Sicilia).

Lectura preferida y al final única de Romitelli, acaso pensaba que era obligación de un bibliotecario leer cuando ningún otro lo hacía. Murió sin enterarse de que había sido jubilado.

El segundo y extraordinario bibliotecario

Matías Pascal fue nombrado bibliotecario, aun antes de la desaparición de Romitelli. Una de sus primeras decisiones fue la de agenciarse un par de gatos y media docena de ratoneras para combatir las ratas antes que el polvo y el desorden. A tal efecto elevó una instancia al señor concejal municipal de Educación, el cual le proporcionó dos gatos tan esmirriados que, asustados del tamaño de las ratas, optaron por sobrevivir comiéndose el queso de las ratoneras. Sustituidos por dos ejemplares más acordes con las panteritas de *El bosque animado*, la guerra contra las ratas cambió de signo. Sólo Romitelli, imperturbable, seguía con su inveterado hábito, pensando sin duda que, si su destino era leer, el de las ratas era «comerse los libros de la biblioteca».

Resultó ser una biblioteca sujeta a

«amistades sobremanera extrañas», pues, sin ir más lejos, una *Vida y muerte de Faustino Materucci, benedictino de Polirone, tenido por algunos en tratamiento de beato* (Mantua, 1625), no sólo pudo convivir sin ruborizarse con el volumen que contiene los tres libros *Del arte de amar a las mujeres*, publicado por Antón Muzio Porro en 1571, sino que las cubiertas de ambos se habían unido por la humedad con tan estrecho lazo que, al recorrer sin advertencia las páginas sobre «la vida y aventuras monacales», podía uno preguntarse si estaba leyendo la vida del santo o el libro segundo del «harto licencioso» *ars amandi*.

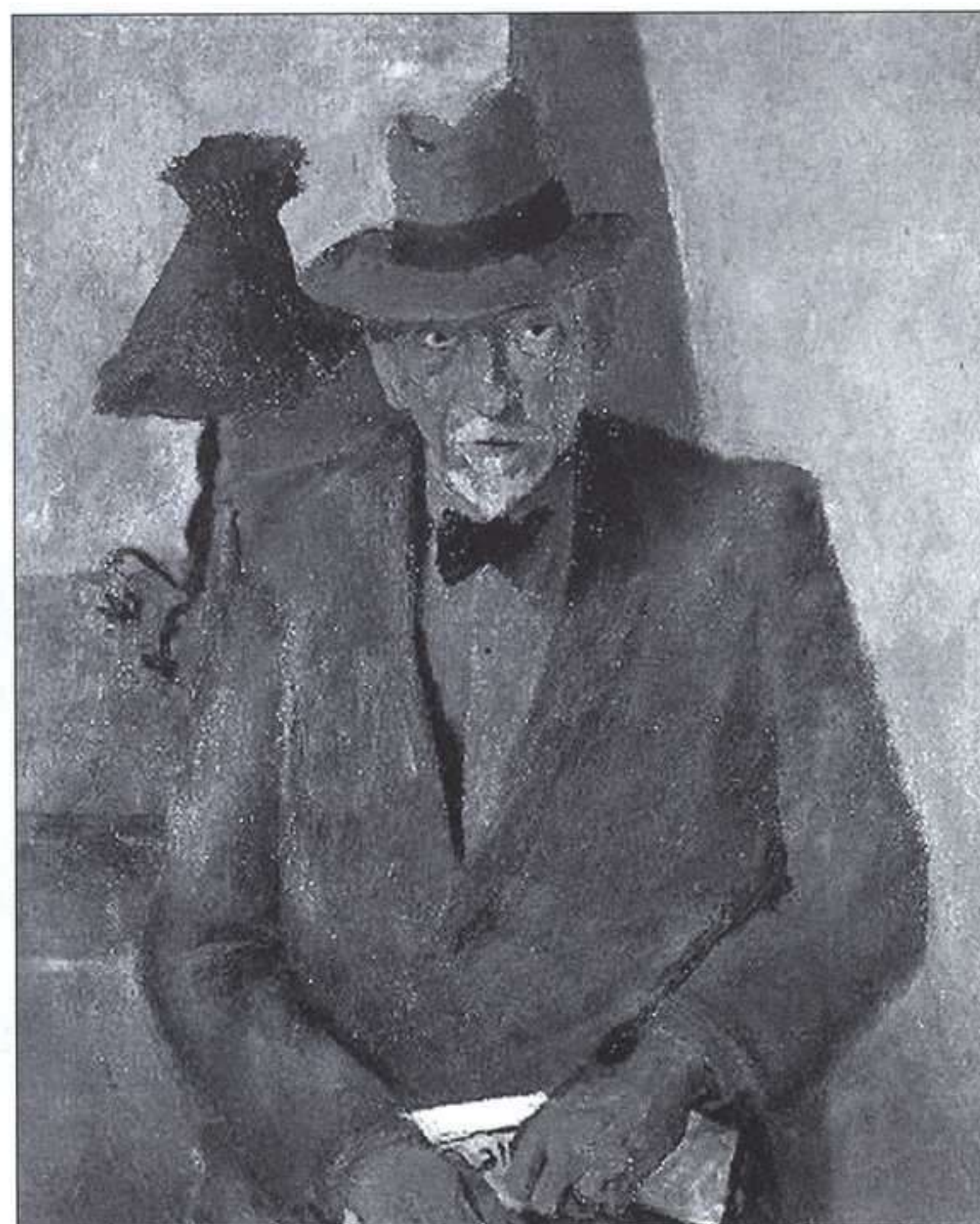
Con dudas todavía de si, además de catalogarlos y cuidarlos, es obligación de un bibliotecario leerse los libros que la biblioteca contiene, Matías Pascal leyó «de todo un poco, desordenadamente; pero sobre todo libros de Filosofía». Entre ese desorden acaso leyó un *Tratado de los árboles*, de Giovan Vittorio Soderini, en el que puede leerse que la fruta madura «en parte por el calor y en parte por el frío; porque el calor, como es de todos conocido, tiene la virtud de cocer, y es el mero causante de la madurez». Cuenta el propio Matías que los li-

bros de filosofía, alimento de los que viven en las nubes como los elevados pensadores de Laputa, le echaron a perder el cerebro, que tenía ya de por sí un tanto desquiciado. ¡No toda la culpa de los males del mundo ha de ser de los libros de caballería!

Con su escaso francés logró leer un *Méthode pour gagner à la roulette*, pero comprobó que entre los métodos descritos en el opúsculo no estaba registrado el usado por cierto alemán que le arrebató las ganancias del 25, impar y rojo, como si hubiera sido él quien había hecho la apuesta. Y cuando, al margen del método, acabó por sonreírle la suerte, supo que había muerto ahogado en su pueblo.

Porque fue leyendo un periódico cuando conoció la noticia de su propia muerte: el suicido «de nuestro bibliotecario Matías Pascal, que había desaparecido unos días antes. Causa del suicidio, contrariedades económicas». ¡Y eso lo leía mientras volvía en el tren con ochenta y una mil setecientas veinticinco liras con cuarenta céntimos ganadas en el casino de Montecarlo!

Provisionalmente aceptó el equívoco del destino y el interesado error de quienes reconocieron su cadáver. Al inicio de su segunda vida, mientras se inventa-



Dos retratos de Pirandello. El de arriba, una caricatura que hace referencia a su condición de autor teatral.

ba una biografía y un pasado, «pues no hay quien haya nacido en las nubes, teniendo por comadrona a la Luna», recordó haber leído en alguno de los libros de la biblioteca «que los antiguos, amén de otras funciones, atribuían también las de partera a la Luna, por lo que las mujeres preñadas la invocaban con el nombre de Lucina». En su segunda vida, ya como Adriano Meis, leyó algunos de los libros de teosofía que tenía su casero, «el señor don Anselmo Paleari», y durante una sesión de espiritismo llegó a preguntarse si no andaría rozando sus anónimos andares la sombra de aquel ahogado que yacía en el cementerio de Miragno, bajo una lápida redactada por el inspirado *Alondrilla*:

CASTIGADO POR LOS GOLPES DE UN
DESTINO ADVERSO
MATÍAS PASCAL
BIBLIOTECARIO
ALMA GENEROSA, CORAZÓN NOBLE
HECHA ELECCIÓN ENTRE LA VIDA Y LA
MUERTE
AQUÍ REPOSA
TUS PAISANOS, QUE NO TE OLVIDAN

Fue durante su tercera vida cuando leyó a Matteo Bandello y a Boccaccio. El reverendo don Eligio Pellegrinotto se los recomendó para que hallara la forma que había de dar a sus memorias en los atardeceres de la biblioteca, mientras el padre seguía con la lenta, laboriosa tarea de «poner orden y concierto entre los viejos libros polvorientos».

Por Fleming —no el doctor— sabemos que «solo se vive dos veces». Ramón Mercader tuvo segunda muerte, y Martín Descalzo describió a Lázaro como «el hombre que murió dos veces». Sólo Matías Pascal murió tres. Pero antes de su primera muerte, gracias a la espesa capa de polvo, «de un dedo de alta por lo menos», que cubría la gran mesa que había en el centro de la biblioteca, Matías Pascal, años antes de legarle su propio manuscrito, pudo escribir con el dedo, como otro las palabras en la arena, la inscripción que al legatario negó el Ayuntamiento:

A
MONSEÑOR BOCAMAZZA
POR SU GENEROSÍSIMA DONACIÓN

Y COMO PERPETUO TESTIMONIO DE GRATITUD
SUS CONCIUDADANOS
DEDICARON ESTA LÁPIDA. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

1. *Il Foglietto*, único semanario de la localidad, con ocasión de la primera muerte de Matías Pascal describía al finado bibliotecario como un hombre cuya «bondad de alma», «jovialidad de carácter» y «natural modesto» le «habían permitido, aparte de otras dotes, soportar sin vilipendio y con resignación los adversos azares que, desde la despreocupada holgura, habíanlo reducido en los últimos tiempos a una condición humilde»; un hombre, en fin, «celosísimo de su deber», que se pasaba «casi todo el día enriqueciendo con doctas lecturas su vigorosa inteligencia». ¿Se reconoce en esas líneas de la necrología el estilo de «su director, Miro Colzi, *Alondrilla*, como todo el mundo le llamaba en Miragno desde que, jovencito, había publicado con tan grácil título su primer y último libro de versos»? Así, *Alondrilla* habría logrado una forma de hallar la cuadratura del círculo, a tenor de aquel epigrama de Bretón de los Herreros:

«Voy a hablarte ingenuamente.
Tu soneto, don Gonzalo,
si es el primero es muy malo;
si es el último, excelente.»